

Editorial

lo que es posible

Si es cierto que las cosas ocurren, como parece, en función de un cierto determinismo histórico, de modo que los hechos sean el resultado de un conjunto de circunstancias coincidentes y cada hecho tenga su situación precisa en el tiempo, podríamos preguntarnos cuáles son las circunstancias que se dan en este momento y no se han dado antes, que hacen posible, precisamente ahora, el nacimiento de una revista técnica de urbanismo en España.

Tal pregunta, lejos de ser inútil o inoportuna, podría proporcionarnos, si pudiese ser totalmente contestada, un amplio conocimiento de la situación real del urbanismo en este país y del grado de conciencia que existe en el mismo respecto al complejo cúmulo de problemas que suelen meterse bajo ese nombre.

Aunque la tarea sería difícil de realizar de forma rigurosa, no parece tan difícil señalar algunos de los rasgos más sobresalientes que caracterizan esa situación actual y algunas de las circunstancias que se dan ahora y no antes en nuestro panorama nacional. Para ello basta referirse a la crítica década que vivimos y aún limitarse a los últimos años de la misma. Veamos.

El desarrollo económico, la producción de bienes de consumo en progresión creciente y las diversas formas de influencia ejercidas por el turismo intensivo provocan una verdadera ruptura de escala con los planteamientos, los ritmos de crecimiento y los niveles sociales de etapas anteriores. La repercusión inmediata en el terreno que nos ocupa se manifiesta en la aceleración de la desertión rural, en la implantación industrial, en la proliferación del vehículo privado, en la movilidad vacional, en la extensión de la segunda residencia, en el aumento de las exigencias de confort y acondicionamiento de las áreas residenciales primarias y en la caótica edificación congestiva basada en la especulación del suelo. En consecuencia, las bases infraestructurales existentes evidencian su total insuficiencia y aparece la incomodidad, el malestar y la insatisfacción generales ante la inadecuada rea-

lidad física de la ciudad, para el uso que se exige de ella. Empieza la batalla del acondicionamiento y en muy poco tiempo se consuman transformaciones espectaculares ante el horror de los defensores de los valores urbanos legados por el pasado.

Por otra parte, llega el eco de los problemas demográficos y de organización a escala universal, cuya gravedad, superando todas las previsiones, pusieron de manifiesto los censos de 1960 y los posteriores informes de la O. N. U. sobre la situación social en el mundo y los progresos de la vertiginosa concentración de población en las grandes ciudades y áreas metropolitanas.

El urbanismo empieza a interesar de forma creciente en los ámbitos culturales, convirtiéndose en materia cada vez más solicitada y cada vez más frecuentemente incluida en publicaciones y conferencias. Se montan cursillos. Crece espectacularmente el número de traducciones, que despiertan verdadera avidez editorial. La prensa se hace eco constante y las revistas técnicas adaptan su intención, y a veces hasta su nombre, para abarcar el tema. Aparece, casi de pronto, la necesidad de cubrir las cátedras de Urbanística en las escuelas de Arquitectura y se suceden las oposiciones a las mismas, después de haber constituido materia de adorno en los programas de enseñanza.

Pero junto con todo esto, e inseparablemente ligado a ello, hay otra circunstancia tal vez más decisiva a la hora de explicar la aparición de «Ciudad y Territorio». Es el cambio de actitud de los mismos profesionales, en relación con los problemas urbanos.

Si nos referimos al conjunto de todos los campos profesionales, excepto el de los Arquitectos, puede decirse que hasta fechas muy recientes, y tal vez con excepciones individuales (inoperantes por esa misma individualidad) no ha existido una auténtica preocupación por plantear el conocimiento de los problemas urbanos y territoriales en relación con una actuación configuradora, limitándose al terreno del saber científico y a la descripción.

lo que
es posible

Sólo en el sector de los Arquitectos las cosas han sido diferentes, pues como técnicos responsables de la configuración física del ambiente inmediato, estaban directamente implicados en una tarea real y positiva de acción práctica. La intelectualización de la misma lleva inevitablemente a la problemática del urbanismo. Por eso entre los Arquitectos (también entre los Ingenieros en menor escala) se ha venido cultivando una mayor preocupación por la ciudad, no como objeto de estudio y descripción, sino como realidad a modelar y mejorar, si bien con las correspondientes enormes limitaciones de un enfoque casi exclusivamente físico y morfológico.

Pero aún así, hasta hace poco tiempo, el Arquitecto que por vocación se dedicaba en España preferentemente al urbanismo, aparte de comprometer seriamente su economía, se exponía a ser catalogado como un ser extraño en el mundo profesional y aún en su vida social. A lo más que podía aspirar era a ganar un cierto prestigio por el ejercicio inofensivo de una sabiduría inútil. Frecuentemente se le atribuían intenciones «non sanctas» en la interpretación de las disposiciones jurídicas de los planes que elaboraba o administraba, y se le asignaba «a priori» una incapacidad total para tomar parte en el pugilato de ingenio y de talento plástico que se suponía necesario para el ejercicio brillante de la arquitectura.

Hoy las cosas son algo distintas, y el urbanista es una nueva figura con personalidad propia reconocida (aunque provenga aún mayoritariamente del campo de la arquitectura) y su diferente mentalidad y sus nuevas aspiraciones le apartan de la futilidad del juego formalista. Diríase que de un estadio estético ha pasado a otro ético, en el que cuentan, por encima de todo, los planteamientos económicos, sociales y políticos.

Por otra parte, es también toda la sociedad la que está rectificando: empieza a haber demanda de urbanistas y empieza a ser posible económicamente la exclusiva dedicación. Con este último rasgo parece que puede quedar suficientemente esbozado ese marco circunstancial que permite que ahora, y sólo ahora, haya sido posible lanzar una revista técnica de urbanismo en España.

Pero del mismo modo que, como acabamos de ver, existen precisamente ahora unas circunstan-

cias que la permiten aparecer, conviene también tener en cuenta, para comprender su carácter, que hay otras circunstancias que acotan claramente el alcance de tal revista y la obligan a configurarse dentro de los límites de lo que es posible.

Así, por ejemplo, no parece posible, al menos en una primera etapa, y por mucho que estemos decididos a superarlo, que la Revista no tenga un claro predominio de los aspectos físicos del urbanismo, mientras que la necesaria incorporación de economistas, sociólogos, geógrafos, juristas y administradores no se produzca con la amplitud y profundidad que ha de plantearse.

Otras limitaciones decisivas proceden de las condiciones históricas y políticas.

El examen de esas circunstancias, junto con una actitud realista, llevan inevitablemente a unos planteamientos simplemente expositivos dentro del nivel especializado y reducido de los aspectos técnicos del urbanismo, renunciando, por ahora, a una actitud crítica en otros niveles, que alcance más amplias implicaciones. Otra cosa no parece posible. «Ciudad y Territorio» es posible en virtud de unas determinadas circunstancias y está recortada y definida por otras, y lo único que cabía discutir es si, a pesar de las limitaciones, la empresa valía la pena. La respuesta ha sido positiva, pues es evidente que hay una labor por realizar, que también es posible, suficientemente importante como para justificar esta movilización. Hay un ambiente que formar y unos conocimientos que difundir; hay soluciones que comentar o que proponer; hay desconciertos que orientar, y hay que llegar a muchos rincones del país.

Por eso, el punto de partida que nos hemos propuesto y que vamos a desarrollar en los primeros números es una especie de toma de conciencia del nivel real de conocimientos con que se está actuando en el país. Esto, si conseguimos hacerlo objetivamente, nos permitirá saber si estamos en condiciones de enfrentarnos con los problemas que están planteados y si disponemos de las bases tecnológicas y conceptuales necesarias para ello. Después, Dios dirá. Ciudadanos y profesionales, están invitados a la colaboración.

FERNANDO DE TERAN